



TRES son UNO

TRES son UNO

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. 1 Juan 5:7



TRES

son UNO

TRES son UNO

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. 1 Juan 5:7

Tres son uno

Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

Primera Edición Agosto 2025

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, o por ningún sistema de almacenamiento digital, excepto por citas breves con propósitos de compartir puntos de vista sobre el libro, sin consentimiento escrito y expreso de los autores.

Todas las citas bíblicas, excepto las especificadas son de la Santa Biblia Reina Valera v60.

Publicado en México/Agosto2025

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO 1: <i>El Padre – Fuente y Fundamento</i>	9
CAPÍTULO 2: <i>El Hijo – El Verbo hecho carne</i>	19
CAPÍTULO 3: <i>El Espíritu Santo – El Consolador que guía</i>	29
CAPÍTULO 4: <i>Unidad perfecta – Propósito eterno</i>	41
CAPÍTULO 5: <i>Una imagen distorsionada</i>	53
CAPÍTULO 6: <i>Entrar en el fluir del Cielo</i>	63
EPÍLOGO <i>El misterio que nos abraza</i>	73



PRÓLOGO

EL DISEÑO ETERNO DE DIOS

Porque tres son los que dan testimonio
en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu
Santo; y estos tres son uno.

– 1 Juan 5:7

Vivimos tiempos donde la confusión espiritual abunda. Muchos hablan de Dios, pero pocos lo conocen realmente. Hay quienes manejan términos, versículos y doctrinas como si fueran piezas de un rompecabezas, pero terminan mezclando peras con manzanas. La falta de revelación sobre quien es Dios ha dado lugar a interpretaciones distorsionadas que más que acercarnos, nos alejan de Él.

Se habla de Dios, pero no se conoce al Dios de la Palabra viva. Es posible memorizar

versículos, asistir a congregaciones y enseñar sobre Dios, y aún así, no haber tenido un encuentro genuino con Su persona.

Esta es una realidad que atraviesan las generaciones: se conoce la Palabra de Dios, pero no al Dios de la Palabra; se estudian las Escrituras, pero se ignora al Autor.

Esta desconexión ha hecho que muchos enseñan ideas sobre Dios que no tienen fundamento en Su naturaleza real.

Lo pintan como un ser lejano, severo, sentado en una nube con un rayo en la mano, esperando el momento en que el ser humano falle para castigarle. Pero esa no es la imagen que Jesús vino a revelar.

Dios no es un juez iracundo, sino un Padre amoroso, un Hijo salvador y un Espíritu Santo consolador.

A través de este libro, deseo compartir contigo una revelación más profunda y personal de

quién es realmente Dios en Su plenitud: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No para que tengas más información, sino para que experimentes transformación.

Porque conocerlo a Él lo cambia todo.



CAPÍTULO 1

EL PADRE: FUENTE Y FUNDAMENTO

Padre de misericordias y
Dios de toda consolación.

– 2 Corintios 1:3

En un mundo lleno de ideas religiosas y conceptos erróneos sobre Dios, muchos hablan de Él sin conocerlo realmente. Conocen versículos, doctrinas, tradiciones...pero no han tenido un encuentro personal con Él.

Y cuando no conoces a Dios, es fácil enseñar sobre Él desde la confusión o el miedo, como si fuera un juez esperando a castigarte con un rayo por cualquier error.

Pero Dios no es religión ni castigo: es relación,

es amor, es presencia. *Una de las preguntas más comunes al hablar de Dios es:*

Si la Biblia dice que Dios es uno, ¿por qué hablamos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

Esta duda no es nueva. Desde los tiempos antiguos, el pueblo de Israel afirmaba con fuerza la unicidad de Dios.

Está escrito: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”.

– Deuteronomio 6:4

Este mismo versículo fue citado por Jesús cuando le preguntaron cuál era el más grande de los mandamientos. Su respuesta comienza con esa poderosa afirmación:

El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.

– Marcos 12:29

Entonces, si Dios es uno, ¿por qué en la Biblia

encontramos referencias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo? ¿Estamos hablando de tres dioses? ¿O de uno que se manifiesta de distintas formas?

La respuesta es clara: Dios es uno solo, revelado en tres personas. Esta es la esencia del misterio que conocemos como la Trinidad. No son tres dioses, ni tres partes de Dios, sino un solo Dios que se manifiesta como Padre, Hijo y Espíritu Santo, en perfecta unidad.

Para comprenderlo, pensemos en algo muy cotidiano: el agua. Su fórmula química es H₂O, y aunque puede presentarse en distintos estados – sólido (hielo) , líquido (agua) o gaseoso (vapor) –, su composición no cambia. Sigue siendo H₂O en cualquiera de sus manifestaciones.

Así también es Dios: uno en esencia, tres en manifestación.

- » *El Padre es la fuente, el origen de todo.*
- » *El Hijo es la Palabra encarnada, la imagen visible del Dios invisible.*

» *Y el Espíritu Santo es la presencia viva de Dios que habita en nosotros.*

Cada uno es plenamente Dios, pero ninguno actúa en contradicción con el otro. Están en total unidad, sin división, sin conflicto.

Yo y el Padre uno somos.

– Juan 10:30

Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti.

– Juan 17:21

Dios no se divide; se revela. Y esa revelación comienza con el Padre. Conocer a Dios va más allá de la lógica. Hablar del Padre no es hablar de una figura lejana ni de una idea religiosa. Es hablar del origen de todas las cosas.

El Padre es la fuente, el inicio de la historia, el que diseñó todo con un propósito eterno. No se trata solo de un ser supremo en lo alto del cielo, sino de una persona que anhela ser conocida, revelada y amada.

Muchos han escuchado hablar del Padre, pero pocos han conocido Su corazón. La imagen que se tiene de Él, en ocasiones, ha sido influenciada por experiencias humanas o enseñanzas erradas.

Algunos lo imaginan como un juez distante, duro, inflexible; otros lo ven como un vigilante cósmico, esperando que alguien falle para castigar. Pero Jesús vino a mostrarnos algo completamente diferente.

No se trata solo de comprender un concepto teológico. Se trata de conocer a una persona. Porque Dios no es una teoría: es una realidad viva que transforma vidas.

Cuando conoces verdaderamente a Dios, no puedes seguir siendo el mismo. Tu espíritu se enciende, tu alma se enamora, y tu corazón se vuelve adicto a Su presencia. No puedes estar lejos de Él, porque sabes que fuera de Él no hay vida.

La Escritura dice:

*Ahora vemos por espejo, oscuramente;
mas entonces veremos cara a cara.
Ahora conozco en parte; pero entonces
conoceré como fui conocido.*

– 1 Corintios 13:12.

*Hoy, entendemos por fe y a través del Espíritu.
Pero llegará el día en que veremos a Dios cara
a cara, y entonces todo lo que parecía un
misterio será revelado con claridad.*

*Es importante entender que no es que el Padre
sea una parte de Dios, el Hijo otra parte y el
Espíritu Santo otra más. No. Cada uno es
plenamente Dios, y a la vez son uno solo.
Esta es una verdad que va más allá de nuestro
razonamiento humano, pero que se nos revela
por medio del Espíritu Santo.*

*Jesús mismo lo afirmó: “Yo y el Padre uno
somos” (Juan 10:30). Y en su oración al Padre,
expresó el anhelo de que también nosotros
entremos en esa unidad:*

Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros.

— Juan 17:21

Conocer al Padre es volver, es abrazar la identidad para la que fuimos creados: hijos amados de un Dios eterno que desea caminar con nosotros todos los días de nuestra vida.

Dios es uno. Esta es la base de nuestra fe. Pero ese Dios triuno se ha revelado a nosotros como un Padre cercano, un Hijo redentor y un Espíritu vivificador. No son tres dioses, sino un solo Dios en tres personas perfectamente unidas, en amor, propósito y esencia.

Cuando comprendes esto, no solo entiendes un principio teológico. Descubre una relación que te cambia para siempre. Te vuelves alguien que no solo habla de Dios, sino que vive por y para Él. Y lo más hermoso es que esto apenas comienza.

***Su revelación es infinita, y Su
presencia, eterna.***



CAPÍTULO 2

EL HIJO: EL VERBO HECHO CARNE

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

– Juan 3:16–17

En el corazón del Evangelio, encontramos una verdad gloriosa y transformadora: el Padre, por amor, envió a su Hijo. Esta afirmación no es una simple declaración doctrinal, sino una revelación que parte del mismo corazón de Dios. El apóstol Juan nos lo dice de manera conmovedora en su evangelio: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito.

Este es el punto de partida para comprender al Hijo: el amor del Padre fue tan profundo,

tan absoluto, que entregó a su único Hijo para redimirnos. Jesús no fue un enviado cualquiera, sino el Verbo eterno que existía desde el principio con Dios y que era Dios: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1:1).

Y ese Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria; gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

– Juan 1:14

¿Por qué el Padre envía al Hijo?

La razón es clara y dolorosamente necesaria: la humanidad estaba separada de Dios. Desde el pecado de Adán, el hombre quedó en una condición caída, incapacitado para cumplir la ley divina.

Aunque a lo largo de la historia hubo grandes

hombres y mujeres de fe como Abraham, Moisés, Elías, Eliseo, David, Esther o Isaías, ninguno pudo cumplir la ley de manera perfecta.

Todos, sin excepción, fallaron en algún momento, porque “por cuanto todos pecaron, están destituidos de la gloria de Dios”.

– Romanos 3:23

La ley, dada por Dios a través de Moisés, era justa y buena (Romanos 7:12), pero también implacable. Su cumplimiento era exigente, y quien fallaba en un solo punto se hacía culpable de todos (Santiago 2:10).

No había forma de que el ser humano pudiera salvarse por sus propias obras. Por eso, se requería a alguien perfecto, sin mancha, que cumpliera toda la ley, y luego pagara con su vida por los pecados del mundo. Ese alguien fue Jesús.

Jesús mismo afirmó:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.

– Mateo 5:17

Él fue el único que vivió sin pecado. Fue tentado en todo, como nosotros, pero sin caer jamás (Hebreos 4:15). Solo Jesús pudo cumplir toda la ley y ser el sacrificio perfecto. Y cuando llegó su hora, sabía lo que debía hacer:

Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora.

– Juan 12:27

La cruz no fue una sorpresa para Él. Fue el propósito central de su encarnación. Debía morir –no como mártir, sino como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29).

Su muerte no fue cualquier muerte: fue muerte de cruz. Y como dice la Escritura:

*Maldito todo el que es colgado en un
madero.*

– Gálatas 3:13

Jesús tomó sobre sí la maldición que correspondía a la humanidad. Él se hizo maldición para que nosotros pudiéramos recibir bendición.

El propiciatorio del Nuevo Pacto

En el Antiguo Testamento, Dios instituyó el tabernáculo y el sistema de sacrificios como sombra del verdadero sacrificio que vendría. Una vez al año, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo para rociar la sangre del sacrificio sobre el propiciatorio, que era la tapa del arca del pacto.

Debajo estaban las tablas de la ley —el recordatorio del incumplimiento humano— pero la sangre cubría ese testimonio. Así, Dios no veía el quebrantamiento de la ley, sino la sangre del sacrificio. Jesús se convirtió

en nuestro propiciatorio eterno. Su sangre, derramada en la cruz, cubrió el pecado del mundo de una vez y para siempre:

Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

– 1 Juan 2:2

Por eso, cuando el Padre mira a aquellos que han creído en Jesús, no ve su pecado, sino la sangre de su Hijo que los cubre. Jesús es el puente entre Dios y los hombres. Solo él podía unir lo que estaba separado, reconciliando al hombre con el Padre.

Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.

– 1 Timoteo 2:5

Jesús lo dijo sin rodeos:

*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.*

– Juan 14:6

No hay otro mediador, no hay otra puerta, no hay otro acceso. La salvación no se encuentra en religiones, en obras o en tradiciones humanas. Solo en Jesús.

Cualquier otro camino es una mentira que desvía al alma del verdadero destino: la presencia del Padre.

El mundo moderno intenta ofrecer múltiples rutas a lo establecido por Dios, pero el evangelio es claro: solo hay un camino, y ese camino es el Hijo, el Verbo hecho carne.

El plan perfecto del Padre

El amor del Padre no se limitó a enviar al Hijo. Jesús, antes de partir, prometió otro regalo celestial: el Espíritu Santo.

Como dice Juan:

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.

– Juan 16:7

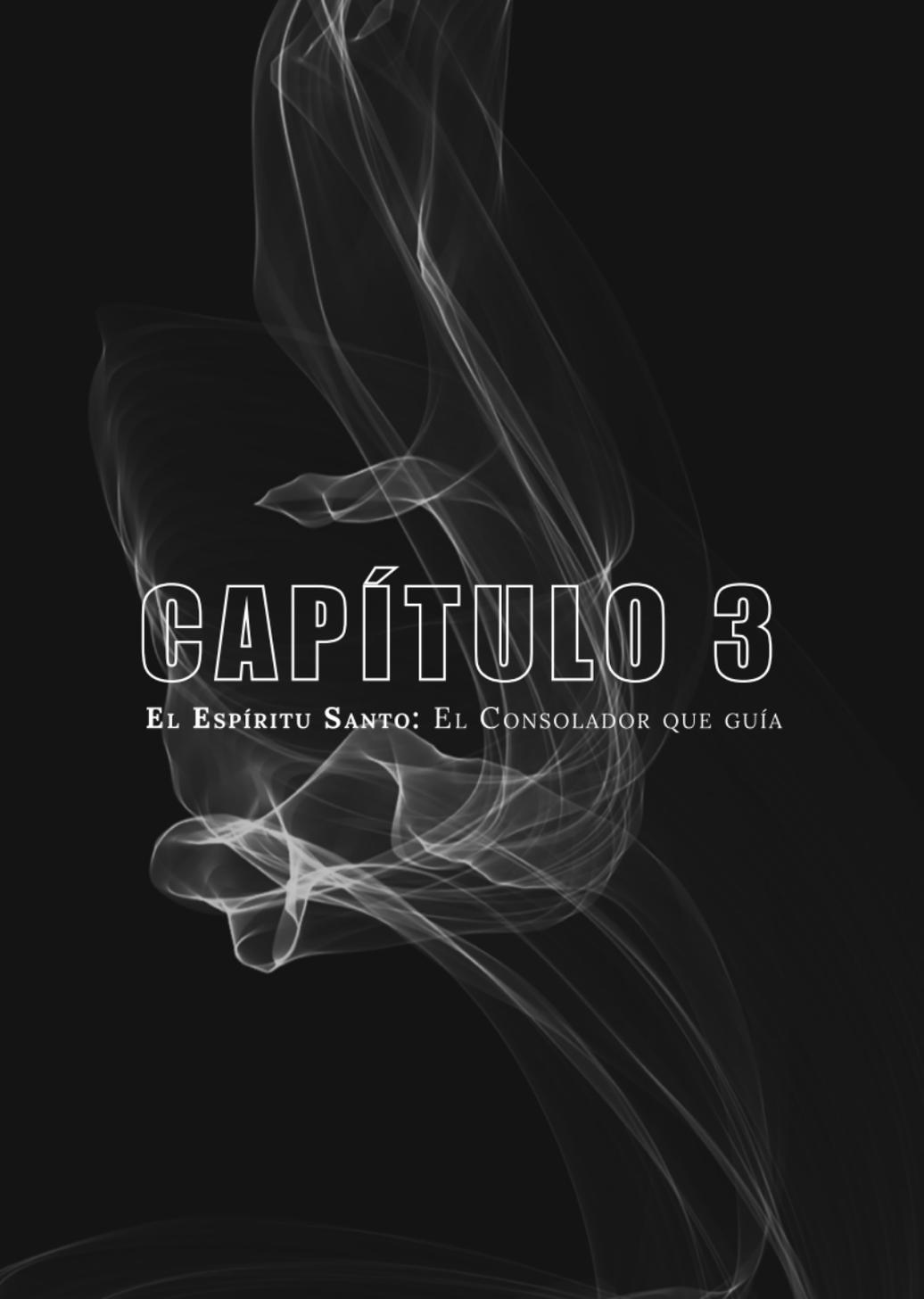
Este es el diseño divino: el Padre envía al Hijo, y el Hijo, una vez cumplida su obra, envía al Espíritu Santo para habitar en nosotros, guiarnos, y sellarnos hasta el día de la redención.

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

– Efesios 4:30

Así comprendemos que el plan de salvación no es fruto de la improvisación. Es un plan perfecto, eterno, y nace del amor profundo de un Dios que no se conformó con vernos desde lejos, sino que descendió a nuestra historia, se hizo carne en Jesús y ahora vive en nosotros por medio del Espíritu Santo para redimirnos desde dentro.

El Espíritu Santo es la presencia constante de un Dios que decidió hacer de nuestro corazón su hogar.



CAPÍTULO 3

EL ESPÍRITU SANTO: EL CONSOLADOR QUE GUÍA

Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.

– Juan 14:26

Jesús prometió que no nos dejaría solos. Sabía que su tiempo en la tierra sería breve, pero su propósito eterno incluiría una presencia divina continua con nosotros. Esa promesa se cumplió cuando envió al Espíritu Santo, a quien Jesús llama el Consolador.

Él no solo está con nosotros, está en nosotros.

Su misión es clara y poderosa: convencernos, consolarnos, enseñarnos y guiarnos a toda

verdad, pero el Consolador, el Espíritu Santo... os enseñará todas las cosas.

Desde el principio, vemos una obra trinitaria perfecta. El Padre envía al Hijo; el Hijo cumple su obra redentora y luego envía al Espíritu Santo.

Esta secuencia divina no es casualidad, es parte de un plan eterno de amor, restauración y comunión con el ser humano.

Entonces me respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.

- Zacarías 4:6

Nada en el Reino de Dios se establece por medios humanos, sino por el poder del Espíritu Santo. Su presencia activa en nosotros y entre nosotros hace posible que vivamos conforme al propósito de Dios.

El Espíritu de verdad

Jesús lo declaró con firmeza:

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

– Juan 16:13-15

Aquí vemos claramente que el Espíritu Santo no actúa de manera independiente, sino en perfecta unidad con el Hijo y el Padre. Su papel es revelarnos a Cristo, glorificar y darnos entendimiento de lo que el Padre ha dispuesto para nosotros.

Jesús dijo:

*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.*

– Juan 14:6

Entonces, si Jesús es la verdad, y el Espíritu Santo nos guía a toda verdad, está claro que su tarea es guiar nuestros pasos hacia Jesús. Él no busca protagonismo, sino que constantemente nos dirige a Cristo, lo revela, exalta y glorifica.

El Espíritu que convence

Antes de que el Espíritu Santo nos enseñe o nos guíe, realiza una obra interna en el corazón: convencernos.

Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.

– Juan 16:8

Esta convicción no es una condenación, sino una revelación. Él nos muestra la necesidad que tenemos de salvación, la justicia que hay

en Cristo y la realidad del juicio venidero. Así, nos preparamos para recibir al Salvador.

El Consolador

También es nuestro Consolador. La palabra griega utilizada en el Nuevo Testamento es Parakletos, que significa “uno que es llamado al lado para ayudar”. En momentos de aflicción, soledad o incertidumbre, el Espíritu Santo actúa como Consolador.

En medio del dolor, la incertidumbre, la pérdida o la debilidad, el Espíritu Santo está con nosotros. Su consuelo no es humano, es sobrenatural. No solo da ánimo, sino vida.

No es simplemente un consuelo emocional, es una fortaleza espiritual que sostiene, renueva y da esperanza. En los momentos más difíciles, su presencia nos recuerda las promesas del Hijo y el amor del Padre.

Nos habla en lo íntimo, nos abraza con paz, nos renueva con fuerza. Además, transforma

nuestro interior. No podemos cambiar por fuera si no somos primeros transformados por dentro.

El Espíritu es quien produce en nosotros el fruto de una nueva naturaleza: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio (Gálatas 5:22-23).

Sin Él, solo tenemos religión. Con Él, tenemos relación, poder y una verdad viva.

Él no solo convence y consuela; también enseña. El Espíritu Santo es Maestro por excelencia, nos da revelación de la Palabra y entendimiento espiritual. Nos recuerda lo que Jesús enseñó y nos conduce por caminos de justicia.

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

– Romanos 8:16

Cuando el Espíritu nos guía, no lo hace con

imposición, sino con ternura. Nos lleva por el camino correcto, siendo esa luz que ilumina nuestro camino.

Nos guía dándonos discernimiento para distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre lo eterno y lo pasajero.

El Espíritu Santo es más que una fuerza o una influencia. Es una Persona, presente en nosotros y con nosotros. Fue enviado por el Hijo y, a su vez, nos lleva nuevamente a Él.

A cada paso, el Espíritu Santo glorifica a Jesús y revela al Padre. Su obra es continua, poderosa y perfecta. No estamos solos: el Consolador está aquí.

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.

– Juan 14:16

El Espíritu que glorifica al Hijo

Uno de los rasgos más hermosos del Espíritu Santo es su humildad gloriosa. Aunque es Dios, no busca exaltarse a sí mismo, sino levantar el nombre de Jesús. Su labor es clara: glorificar al Hijo.

Jesús dijo:

Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber.

— Juan 16:14

Y luego explicó por qué puede hacer eso:

Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber.

— Juan 16:15

En otras palabras, el Espíritu no solo nos habla del Hijo, nos conecta con Él, nos introduce en una relación viva, íntima, real. Y al hacerlo, nos lleva al corazón del Padre. Así se completa el ciclo divino:

- » *El Padre revela al Hijo,*
- » *El Hijo revela al Padre,*
- » *Y el Espíritu revela a ambos.*

Este es el misterio glorioso de un Dios que es uno en esencia, pero tres en persona, trabajando con amor eterno para que tú y yo entremos en comunión con Él.

Lo más maravilloso del Espíritu Santo es que no solo está entre nosotros, sino en nosotros. No necesitamos la presencia de Dios en un lugar físico, porque ahora su templo somos nosotros:

*¿No sabéis que sois templo de Dios,
y que el Espíritu de Dios mora en
vosotros?*

– 1 Corintios 3:16

Este fue el propósito desde el principio: Dios con nosotros, Dios en nosotros. La promesa del Padre no era solo redención, sino habitación. Ya no hay que entrar al Lugar Santísimo detrás del velo, porque el velo fue rasgado, y

el Espíritu Santo ahora habita en los que han nacido de nuevo.

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

— Romanos 8:16

El Espíritu Santo, es quien susurra a nuestro interior que pertenecemos a Dios. Afirmar nuestra identidad como hijos, nos empodera, transforma con una presencia viva que nos prepara para el regreso glorioso del Hijo.

Su testimonio dentro de nosotros no se basa en emociones pasajeras, sino en la verdad eterna de que hemos sido adoptados en amor y sellados con propósito.

Conocer al Espíritu Santo es entrar en el fluir del cielo. Es saber que no caminamos solos, que no dependemos de nuestra fuerza, y que tenemos a Dios mismo en nosotros, guiándonos cada día. Él es el Consolador que guía, el Maestro que

enseña, la Presencia que transforma.

***El Padre es el origen, el Hijo es
el camino y el Espíritu Santo es
la persona que nos conduce de
regreso a casa.***



CAPÍTULO 4

UNIDAD PERFECTA: PROPÓSITO ETERNO

Todo lo que tiene el Padre es mío;
por eso dije que tomará de lo mío y
os lo hará saber.

– Juan 16:15

Cuando contemplamos, la manera en la que Dios obra a lo largo de la historia, descubrimos un principio divino que rompe con toda lógica humana: la unidad en la diversidad. En la Trinidad no hay competencia, rivalidad ni protagonismo personal.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no operan por separado ni en conflicto, sino en una unidad perfecta, ejecutando juntos un propósito eterno con absoluta armonía.

A diferencia de cómo los seres humanos tienden a buscar reconocimiento individual, en la esencia misma de Dios encontramos algo completamente distinto: el Hijo glorifica al Padre, el Espíritu glorifica al Hijo, y el Padre glorifica al Hijo a través del Espíritu.

Es un círculo de honra, amor y
colaboración eterna.

Honra mutua

Jesús, durante su ministerio terrestre, dejó muy claro que no hablaba por iniciativa propia. Cada palabra que salía de su boca provenía del Padre:

Las palabras que yo os hablo no las hablo por mi propia cuenta; sino que el Padre que mora en mí él hace las obras.

— Juan 14:10

Y al hablar del Espíritu Santo, Jesús reveló el mismo patrón de humildad y sujeción:

*Él me glorificará; porque tomará de lo
mío, y os lo hará saber.*

— Juan 16:14

El Espíritu no se presenta como una figura autónoma con una agenda distinta. Su función no es atraer atención sobre sí mismo, sino llevarnos a Cristo, exaltar al Hijo, y en esa exaltación, glorificar al Padre.

Y cuando Jesús habla de lo suyo, dice:

Todo lo que tiene el Padre es mío.

— Juan 16:15

No hay separación ni división en la Trinidad. Lo del Padre es del Hijo. Lo del Hijo es revelado por el Espíritu. Y todo esto fluye en una misma esencia divina. No son tres voluntades distintas, sino una sola voluntad perfecta, manifestada en tres personas.

Durante su tiempo en la tierra, Jesús trató a sus discípulos con una cercanía transformadora.

Él le pedía al Padre que fueran uno como ellos lo eran. En un momento clave, les dijo:

Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer.

— Juan 15:15

La relación entre el Maestro y sus discípulos había alcanzado un nivel más profundo: intimidad revelada. Pero incluso esa revelación tenía límites temporales, porque los discípulos solo habían visto a Jesús hasta el momento de su muerte.

Lo vieron colgado en un madero, sufriendo, muriendo... y ahí se quedaron.

A pesar de que Jesús se les apareció resucitado, no se quedó con ellos permanentemente. Lo vieron ascender a los cielos, y después, todo pareció silencio. Sin embargo, la historia no terminó allí.

Dios tenía preparado algo más: el Espíritu Santo fue enviado para continuar la revelación del Hijo.

Mientras Jesús estaba con ellos, les enseñaba cara a cara. Una vez que ascendió, fue el Espíritu quien comenzó a hablarles de lo que Jesús ahora estaba haciendo en gloria.

El Espíritu revela al Cristo glorificado

El Espíritu Santo no solo recordó las palabras de Jesús: dio testimonio de su victoria, de su autoridad celestial, y de su gobierno eterno.

Fue el Espíritu quien mostró a los discípulos que Jesús no solo había resucitado, sino que estaba sentado a la diestra del Padre.

Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.

— Hechos 7:55-56

El Espíritu fue quien los llenó de poder, los capacitó para predicar, sanar y extender el Reino. Él fue quien le reveló a Juan en la isla de Patmos la gloria celestial del Hijo.

El apóstol Juan, aquel que había reclinado su cabeza en el pecho de Jesús en la última cena, recibió una visión completamente diferente años después.

Ya no lo vio como el Siervo sufriente, sino como el Rey glorificado, lleno de fuego y majestad. En el libro de Apocalipsis, Juan escribe:

Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y volví, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.

– Apocalipsis 1:12–13

Su cabeza y sus cabellos eran blancos

*como blanca lana, como nieve; sus ojos
como llama de fuego; y su voz como
estruendo de muchas aguas.*

– Apocalipsis 1:14–15

*Cuando le vi, caí como muerto a
sus pies. Y él puso su diestra sobre
mí, diciéndome: No temas; yo soy el
Primero y el Último.*

– Apocalipsis 1:17

*En medio del asombro y el temor que puede
producir la presencia gloriosa de Jesús, nos
dice: No temas. Es el mismo que murió y
resucitó, pero ahora esta revestido de poder y
majestad eterna.*

*Su eternidad -como el Primero y el Último-
nos asegura que nuestra vida esta en manos
seguras.*

*El Espíritu Santo fue quien le reveló a Juan lo
que había sucedido después de la ascensión.
Porque cuando el Hijo regresó al cielo, no*

regresó como había venido, sino como el Cordero inmolado que recibió gloria, honra y dominio.

Que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

– Apocalipsis 5:12.

Una unidad con propósito

Esta unidad divina entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no es estática ni ceremonial, es dinámica, viva, poderosa, y está completamente enfocada en un propósito eterno: la redención de la humanidad y la glorificación de Dios.

Todo lo que Dios hace en la historia tiene este sello de unidad. El Padre inicia, el Hijo ejecuta, y el Espíritu lo revela y lo aplica en nosotros. No hay protagonismos, sino cooperación perfecta.

No hay separación, sino comunión absoluta. Y este mismo diseño es para nosotros, como hijos de Dios, debemos vivir en unidad con Él y entre nosotros. Jesús oro:

Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

— Juan 17:21

La unidad de la Trinidad es el modelo para la unidad de la Iglesia. No es una uniformidad forzada, sino una armonía que fluye del amor, del servicio y del reconocimiento mutuo.

Conocer a Dios es adentrarse en este misterio glorioso: un Dios que es uno, en tres personas, y que actúa con un propósito eterno.

Cuando ves al Hijo, estás viendo al Padre. Cuando oyes al Espíritu estás, escuchando la voz de Cristo. Y cuando crees, es porque el cielo se puso de acuerdo para revelarse a ti.

Amados por el Padre, salvados
por el Hijo, guiados por el
Espíritu: vivamos como uno solo.



CAPÍTULO 5

UNA IMAGEN DISTORSIONADA

Mi pueblo fue destruido porque le
faltó conocimiento

– Oseas 4:6

Una de las mayores batallas espirituales que enfrenta la humanidad, no está en la maldad visible del mundo, sino en la imagen distorsionada que muchos tienen de Dios. Esta confusión, nacida de enseñanzas incompletas o equivocadas, ha provocado que muchos vivan sin comprender realmente quién es el Padre, quién es el Hijo, y quién es el Espíritu Santo.

Cuando se pierde la revelación de la unidad divina, también se rompe nuestra comunión con Él. No porque Dios se aleje, sino porque nuestra percepción errónea nos impide acercarnos con confianza.

La Palabra lo declara con claridad:

*Mi pueblo fue destruido porque le faltó
conocimiento.*

— Oseas 4:6

Una Iglesia sin revelación

A lo largo de la historia, la Iglesia ha fluctuado entre extremos: en ocasiones, ha resaltado al Padre al punto de olvidar al Hijo; en otras, ha centrado todo en Jesús, dejando de lado la obra del Espíritu Santo. Han existido etapas en las que la persona del Espíritu ha sido exaltada sin entender su conexión con el Hijo y con el Padre.

Cuando enseñamos a un Dios fragmentado,

transmitimos confusión. Enseñamos una relación fría con el Padre, una salvación emocional sin raíz en la Palabra, o experiencias espirituales desconectadas de la verdad. Pero Dios no está dividido.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, y su propósito en nuestra vida es indivisible. Una revelación distorsionada de Dios no solo afecta lo que creemos, sino cómo nos relacionamos con Él.

Si ves al Padre como un juez severo y distante, no te acercarás. Si entiendes mal al Hijo, no confiarás en su gracia. Si ignoras al Espíritu Santo, caminarás sin poder ni dirección.

La solución a esta fragmentación espiritual es la revelación de la verdad. Y Dios mismo se ha encargado de traerla, paso a paso, generación tras generación.

Entre los discípulos de Jesús, hubo uno que se atrevió a acercarse como nadie más. Durante la última cena, Juan se recostó sobre el pecho

del Maestro.

En ese gesto hay más que ternura: hay confianza, cercanía y hambre de conocer al Hijo. Jesús no rechazó esa cercanía.

Todo lo contrario: llamó a Juan “el discípulo amado”. No porque no amara a los otros, sino porque Juan se atrevió a acercarse más. Y a los que se acercan, el Señor les revela más. Años más tarde, ya anciano y exiliado en la isla de Patmos, Juan recibe una visita sobrenatural.

El cielo vuelve a hablarle, y un ángel le da esta orden:

Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas.

— Apocalipsis 1:19

Antes de escribir, Juan tiene una visión gloriosa. El mismo Jesús al que había visto morir, resucitar y ascender, ahora se le aparece de una forma completamente

diferente. Esta vez, no es el siervo sufriente, sino el Rey glorificado.

*Sus ojos eran como llama de fuego...
y su rostro era como el sol cuando
resplandece en su fuerza. Cuando le vi,
caí como muerto a sus pies. Y él puso
su diestra sobre mí, diciéndome: No
temas; Yo soy el Primero y el Último.*

– Apocalipsis 1:14-17

Este no era el Jesús de Galilea. Era el Cristo exaltado, lleno de gloria, autoridad y dominio. Y fue Juan –el que se había recostado sobre su pecho– quien recibió el privilegio de verlo en su estado glorificado.

En medio de la visión, Juan escucha una pregunta angustiante:

*¿Quién es digno de abrir el libro y de
desatar sus sellos?*

– Apocalipsis 5:2

Pero no hay respuesta. Nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra podía abrir el libro ni mirar su contenido. Juan comienza a llorar.

La humanidad entera parecía condenada a vivir sin revelación, sin propósito, sin esperanza. Pero entonces, uno de los ancianos le dice:

No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.

— Apocalipsis 5:5

Jesús, el Cordero inmolido, es el único digno. Porque solo Él vivió sin pecado, murió en obediencia y resucitó en poder. Ahora, es digno de abrir los libros, de ejecutar los juicios, y de recibir toda la gloria:

El Cordero que fue inmolido es digno de tomar el poder, las riquezas, la

sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.

— Apocalipsis 5:12

Muchos creyentes aún ven a Jesús solo en la cruz. Lo recuerdan sufriendo, pagando el precio. Y sí, la cruz fue fundamental. Pero Jesús no se quedó allí. Resucitó, ascendió, y hoy está sentado a la diestra del Padre.

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.

— Salmo 110:1

Esta glorificación no es simbólica. Es real. Jesús reina hoy. Su autoridad es plena. El libro de Apocalipsis no solo trata de lo que vendrá, sino de lo que ya sucedió: la victoria de Cristo, su trono, su gobierno eterno.

Cuando comprendemos esto, nuestra fe se renueva. Ya no seguimos a un Mesías crucificado solamente, sino a un Rey

resucitado que vive, gobierna y pronto regresará.

Restaurados por la verdad

Dios está restaurando su imagen en la Iglesia. Está derribando conceptos equivocados, enseñanzas confusas y doctrinas vacías. Está levantando una generación que no solo cree en Dios, sino que lo conoce.

Como Juan, somos llamados a acercarnos, a recostarnos en su pecho, a recibir revelación y proclamar lo que vemos. Porque la verdad no es solo un concepto: es una persona.

*Conoceréis la verdad, y la verdad os
haremos libres.*

— Juan 8:32

Esa verdad tiene nombre: Jesús.

*Jesús no solo revela la verdad, Él es
la verdad que restaura.*



CAPÍTULO 6

ENTRAR EN EL FLUIR DEL CIELO

Mas la hora viene, y ahora es,
cuando los verdaderos adoradores
adorarán al Padre en espíritu y en
verdad...

– Juan 4:23

Dios no nos llamó simplemente a creer en Él, sino a vivir en comunión con Él. Desde el principio, su deseo ha sido habitar entre nosotros, revelarse y caminar con nosotros. No somos invitados a una religión, sino a una relación profunda, dinámica, viva.

Y esa relación tiene una dirección divina: guiados por el Espíritu, en el Hijo, hacia el Padre. Este es el fluir del cielo. Un diseño espiritual donde cada persona cumple su función en perfecta armonía.

El Padre es el destino, el Hijo es el camino y el Espíritu es el que guía. No se trata de tres caminos, ni de tres experiencias aisladas, sino de un solo movimiento eterno de amor, revelación y presencia.

Del Espíritu al Hijo, y del Hijo al Padre

Jesús declaró con firmeza:

*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;
nadie viene al Padre, sino por mí.*

— Juan 14:6

Nadie puede tener acceso al Padre sin pasar por el Hijo. Pero para llegar al Hijo, necesitamos al Espíritu Santo. Es el Espíritu quien nos convence de pecado, quien nos revela a Jesús como Salvador, quien nos da testimonio interior de que Él es real y que está vivo.

En este versículo, Jesús revela uno de los propósitos centrales del Espíritu Santo: glorificar al Hijo al revelarlo a nosotros.

*Él me glorificará; porque tomará de lo
mío, y os lo hará saber.*

— Juan 16:14

*Todo lo que el Espíritu comunica, proviene del
Hijo. Y lo que el Hijo posee, le fue entregado
por el Padre:*

*Todo lo que tiene el Padre es mío; por
eso dije que tomará de lo mío y os lo
hará saber.*

— Juan 16:15

*Este fluir es continuo y sin interrupciones. Es
como un río que nace del trono del Padre, pasa
por el Hijo que es la puerta y llega a nosotros
por medio del Espíritu, que mora dentro de
cada creyente.*

*Es por eso que en la vida espiritual, mientras
más profunda es tu comunión con el Espíritu,
más cerca estás de Jesús. Y mientras más
cerca estás de Jesús, más consciente estás del
amor y la majestad del Padre.*

Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.

— Juan 10:9

Una experiencia en oración

Esta dinámica espiritual no es solo una teoría teológica, sino una experiencia viva y cotidiana. En la oración, este fluir se vuelve evidente. Hay momentos en los que sientes claramente al Espíritu Santo guiándote, tocando áreas profundas de tu corazón.

Permanece allí, en comunión y discierne cuando el Espíritu te lleva al Hijo. Siente como Jesús está presente, te escucha, intercede por ti como tu abogado y mediador.

Y si sigues en adoración, en rendición total, discierne el momento glorioso en que el Hijo

te lleva al Padre. Estás ante el trono de la gracia, no por méritos propios, sino cubierto por la sangre del Hijo, guiado por el Espíritu.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

– Hebreos 4:16

Esta es la dimensión de los verdaderos adoradores. No oran por rutina, no adoran por obligación. Viven en comunión plena, porque conocen el camino, siguen la guía, y han visto la gloria del Padre.

Testimonio de una liberación

Una ocasión, mientras ministrábamos a una mujer que tenía una carga profunda, el Espíritu Santo nos habló con claridad: “Escucha a esta persona”. Y al hacerlo, discernimos un dolor antiguo, un peso espiritual acumulado por años.

Sabíamos que no bastaba con consolarla humanamente. Era necesario que el Espíritu la llevara al Hijo. Recordamos las palabras de Jesús:

Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.

— Juan 8:36

La libertad que ofrece Jesús no es superficial ni temporal; es total y eterna. El mundo ofrece independencia, pero Él ofrece verdadera libertad.

Entonces oramos: “Espíritu Santo, llévala al Hijo”. Al momento, una atmósfera gloriosa descendió. No fue una emoción pasajera, fue la presencia del Hijo trayendo libertad, sanidad y restauración.

Porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. El Hijo nos liberta, no solo cambia nuestra condición, transforma nuestra identidad: ahora somos hijos.

Porque el Señor es el Espíritu; y donde
está el Espíritu del Señor, allí hay
libertad.

— 2 Corintios 3:17

El revela al Padre

Uno de los momentos más reveladores del evangelio ocurre en la conversación de Jesús con Felipe. Felipe, confundido, le pide: “Muéstranos al Padre”.

Y Jesús le responde:

¿Tanto tiempo hace que estoy con
vosotros, y no me has conocido,
Felipe? El que me ha visto a mí, ha
visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú:
Muéstranos al Padre?

— Juan 14:9

Jesús es la expresión visible del Dios invisible: Él es el primogénito de toda creación (Colosenses 1:15).

En Él habita toda la plenitud de la Deidad (Colosenses 2:9). Ver a Jesús es ver al Padre. Escuchar a Jesús es escuchar al Padre. Y caminar con Jesús es caminar hacia el corazón del Padre.

Es por eso que todo en la vida espiritual debe girar en torno a este diseño divino. No podemos acercarnos al Padre por métodos humanos ni emocionales. Solo podemos hacerlo por medio del Hijo, y solo el Espíritu puede llevarnos a ese encuentro.

Shemá Israel: Adonai Eloheinu, Adonai
Ejad. Oye Israel: el Señor nuestro Dios,
el Señor uno es.

– Deuteronomio 6:4

Padre, Hijo y Espíritu Santo no compiten, no se contradicen, no se alternan. Son uno, y nos invitan a entrar en ese mismo fluir, donde la vida eterna no es un destino, sino una comunión.

Hoy, más que nunca, Dios está llamando a su Iglesia a vivir en este diseño celestial. A dejar la superficialidad religiosa para entrar en la corriente del Espíritu. A rendirse al Hijo, y descansar en el amor del Padre.

La hora ha llegado. Es el tiempo de los verdaderos adoradores. Aquellos que no solo conocen de Dios, sino que viven en Dios.

Aquellos que no oran por rutina, sino que navegan en el río de su presencia. Aquellos que no buscan experiencias, sino relación.

Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad...

— Juan 4:23

Ese es el fluir del cielo. Y tú estás invitado a entrar.



EPÍLOGO

EL MISTERIO QUE NOS ABRAZA

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.

– 2 Corintios 13:14

El misterio de Dios no es algo que se resuelve con la razón, sino algo que se revela en la relación. Desde el principio de los tiempos, Dios ha mostrado que su naturaleza divina — Padre, Hijo y Espíritu Santo— no es un concepto para estudiar únicamente, sino una verdad viva para experimentar, amar y obedecer.

En Génesis 1:1-3 , vemos el diseño eterno en acción:

En el principio creó Dios los cielos y la

tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.
Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.

Allí, el Padre crea, el Espíritu se mueve, y el Verbo habla. Unidad en la creación, en la gloria y en el propósito. Desde entonces, la voz del cielo no ha dejado de fluir. El Padre sigue hablando, el Hijo sigue intercediendo, y el Espíritu sigue guiando.

La Trinidad no es una doctrina compleja para eruditos, sino una expresión perfecta de un Dios que se acerca, se da a conocer y se deja amar.

Uno en esencia, tres en comunión.

Jesús explicó este misterio con palabras claras, llenas de ternura y poder. Cuando hablaba, lo hacía con autoridad, pero también con humildad:

Las palabras que yo os hablo, no las

hablo por mi propia cuenta; sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí.

– Juan 14:10–11

El Hijo no actúa por sí solo. Él glorifica, obedece y revela al Padre. Y el Espíritu Santo tampoco habla por sí mismo. Jesús dijo:

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere... Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber.

– Juan 16:13–14

Entonces vemos con claridad:

- » El Padre envía al Hijo,*
- » El Hijo envía al Espíritu,*
- » Y el Espíritu nos guía al Hijo,*

» Y el Hijo nos lleva al Padre.

Este es el ciclo divino que sostiene la vida cristiana: un flujo eterno de amor, revelación y obediencia.

La obra continúa en nosotros

Jesús no solo reveló al Padre ni se limitó a cumplir su misión. Antes de ascender, dejó una promesa extraordinaria:

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

— Juan 14:12-13

¿Cómo podremos hacer mayores obras? Porque Él nos envió al Espíritu Santo, ahora su poder opera en nosotros. No para exaltarnos, sino para que el Padre siga siendo glorificado

en el Hijo a través de su Iglesia.

*La gloria sigue fluyendo. El propósito continúa.
El cielo sigue en movimiento, y nosotros somos
parte de ese misterio.*

*El misterio de Dios no es para ser diseccionado,
sino para ser adorado. Es un misterio que nos
rodea, nos transforma, y nos invita a rendirnos.*

*La Trinidad no es un rompecabezas teológico,
es un abrazo divino. El Padre te ama, el Hijo
te redimió, el Espíritu Santo vive en ti. No
necesitas entenderlo todo para experimentarlo
todo. Solo necesitas rendirte.*

*El Dios trino actuando en perfecta armonía a
favor nuestro. Así lo expresó el apóstol Pablo,
lleno del Espíritu, al bendecir a la Iglesia de
Corinto:*

*La gracia del Señor Jesucristo, el amor
de Dios, y la comunión del Espíritu
Santo sean con todos vosotros. Amén.*

– 2 Corintios 13:14

Este es el misterio que nos abraza: El amor del Padre que nos adoptó. La gracia del Hijo que nos salvó. La comunión del Espíritu Santo que nos guía.

Y AHORA... TE TOCA A TI VIVIRLO.

TRES son UNO

Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. 1 Juan 5:7



La Biblia revela que Dios es UNO, pero es la unidad perfecta a través de 3 personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Imagina el agua(H₂O): su esencia y fórmula son las mismas, ya sea en estado sólido, líquido o gaseoso. De la misma manera, para conocer verdaderamente a Dios, es necesario que te sea revelado como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo obran en perfecta unidad.

Por amor, el Padre envió a su Hijo a morir por nosotros, pues el pecado nos separaba de Él. Sin un mediador, era imposible que la humanidad se acercara a su Creador.

Jesús antes de ascender al cielo, dijo: “Les conviene que yo me vaya”, porque así enviaría el Padre a su Espíritu Santo, con una misión clara: glorificar a Cristo y guiar al hombre hacia la verdad absoluta entonces nos guiaría a Jesús, quien es el camino, la verdad y la vida.

Entonces el Espíritu Santo nos lleva al Hijo, y el Hijo es el único camino por el cual podemos llegar al Padre. Al mismo tiempo, el Padre te envía al Hijo, y el Hijo te lleva al Espíritu Santo.



Pastores:

Eduardo Rivera León

Virginia Jazmín Uribe Antonio

“Los Pastores de Jesús”

Un libro del corazón del Padre para las naciones de la tierra.